

Las virreinas novohispanas y sus cortejos
Vida cortesana y poder indirecto (siglos XVI-XVII)

Alberto Baena Zapatero

Descubrir cual fue el papel de las virreinas novohispanas es una tarea complicada. Hasta el momento, el número de estudios que se han llevado a cabo sobre las cortes virreinales americanas es bastante escaso. Además, muchas de las informaciones con las que contamos son de carácter descriptivo y no profundizan en el significado de este importante centro de poder como espacio político, social y cultural propio. Octavio Paz primero y otros historiadores como Christian Büschges después, han puesto de relieve el déficit en las investigaciones, señalando la necesidad de avanzar en un enfoque sistemático y comparativo que vincule los análisis sobre la realidad cortesana americana con los trabajos de la historiografía internacional sobre el contexto europeo ¹. Sin embargo, en nuestra opinión, aunque es cierto que existen similitudes entre ambos mundos, pensamos que, en el estado actual de los estudios, debemos tener mucho cuidado a la hora de establecer analogías, especialmente en el caso del papel de las virreinas, sin renunciar por ello a comparar las cortes virreinales con las que sin duda fueron sus modelos.

Si es llamativo el hueco que forma la corte entre los trabajos sobre Nueva España, mucho mayor es el olvido al que se ha relegado a las virreinas y su cortejo, consideradas tradicionalmente como meras comparsas de la actividad de los varones en el ámbito público. En el presente artículo pretendemos hacer una

¹ C. Büschges, “La corte virreinal en la América Hispana durante la época colonial”, en E. Dos Santos, *Actas do XII Congresso Internacional de Ahila*, Oporto 2002, II, pp. 131-140; O. Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Barcelona 1982, p. 42.

incursión en la sociedad colonial que nos permita averiguar cual pudo ser el papel político y simbólico que jugaron las virreinas dentro de los equilibrios de poder que, en el marco de la corte, se establecieron entre las elites criollas y los representantes reales. Poniendo de manifiesto, además, la trascendental labor que desarrollaron en la irradiación de un modelo de vida aristocrático entre las principales familias del reino.

La corte castellana que fue configurándose a lo largo de la Edad Media ha sido generalmente interpretada por los historiadores, por un lado, como un centro de justificación del poder, de la legitimación política y de la propaganda regia, y por otro como un ámbito de civilización, una instancia de control social y un órgano de moderación del comportamiento humano ². En Nueva España, la creación de una corte en torno al virrey va a retomar muchos de estos valores pero los va a adaptar a las características específicas del reino.

A partir de mediados del siglo XVI, esta corte, ubicada en la ciudad de México, constituyó el centro político, social y cultural del virreinato, incluyendo tanto funciones jurídicas e institucionales como relaciones informales y personales. No debemos olvidar que el ejercicio del poder se establecía en la edad moderna por medio de lazos de clientelismo y mecenazgo. La Corona, atendiendo a este principio otorgó a los virreyes la facultad de conceder mercedes u oficios con un doble objetivo: por un lado, reforzar la posición del virrey al fijar una serie de lealtades hacia su persona y, por otro, se aseguraba la fidelidad de los criollos al quedar ligados al monarca por una deuda de gratitud, ya que la distribución de prebendas se hacía en nombre del rey ³. Sin embargo, a pesar de las instrucciones que recibían al partir hacia el Nuevo Mundo, los virreyes no siempre ejercieron sus facultades como a la Corona le hubiera gustado.

Por lo común, el acompañamiento de los virreyes, origen de la vida cortesana, estaba formado a su arribo a México por los criados, parientes y allegados de su casa en Madrid, que marchaban a América atraídos por la fama de sus riquezas y con la esperanza de hacer fácilmente una fortuna. Para el virrey era un deber no escrito el atender estas expectativas por medio de beneficios, cargos o,

² A. Fernández de Córdoba Miralles, *La corte de Isabel I, ritos y ceremonias de una reina (1474-1504)*, Madrid 2002.

³ A. Cañeque, "Cultura vicerregia y Estado colonial. Una aproximación crítica al estudio de la historia política de la Nueva España", *Historia Mexicana* LI, núm. 1 (julio-septiembre, México 2001)

en numerosas ocasiones, con un matrimonio ventajoso con alguna rica heredera criolla. La virreina, por su parte, también trataba de ejercer su influencia en favor de sus “deudos”, aprovechando de la mejor manera posible su posición privilegiada. A tenor de lo que condenaban las propias Leyes de Indias, que prohibían a los virreyes que favoreciesen con oficios o aprovechamientos a parientes y criados, o que tratasen casamientos de sus deudos con mujeres que hubiesen sucedido en encomienda, podemos deducir cómo se estableció desde muy pronto esta costumbre de beneficiar a sus allegados⁴. Para los criollos, por su parte, estaba claro que si querían optar a alguna merced deberían tener acceso al entorno privado de los virreyes, que era de donde emanaban los principales nombramientos. En este sentido, ha habido diferentes historiadores que han hecho referencia a la importancia de las relaciones personales en el reparto de oficios que se realizaba desde el palacio virreinal. Para el historiador Leonard Irving, las restricciones en el acceso a los cargos de mayor responsabilidad dentro de la sociedad colonial no permitía el desarrollo del talento de los criollos y los arrastraba a la “adulación hipócrita de la clase más privilegiada”, con la ilusión de conseguir alguna merced o beneficio en la corte, conduciendo el formalismo barroco a sus manifestaciones más extremas⁵. Mientras que para Jacques Lafaye “la corte de los virreyes dividía a los criollos en dos campos, los privilegiados que eran admitidos en ella y los otros”. Existían profundas diferencias entre los criollos ricos que podían esperar alianzas con familias principales de peninsulares, que eran de una lealtad sincera y que, por lo general, se conformaban con su suerte, y los criollos empobrecidos que aspiraban a mejorar su situación asumiendo los privilegios de los peninsulares⁶. Así, el acceso o no a los espacios de poder determinaba la posición política de muchas familias criollas.

Por lo tanto, de la habilidad del virrey para equilibrar el reparto de oficios y beneficios dependía el respeto y lealtad de la población local, por lo que fue frecuente que los criollos descontentos elevaran quejas al rey en virtud de la marginación que creían sufrir. Dorantes de Carranza fue quizás quien mejor resumió la sensación de agravio que tuvieron todos aquellos que no tenían acceso a los

⁴ Ley XXVII, Título II, Libro III y Ley XXXII, Título III, Libro III, en R. Menéndez Pidal, *Recopilación de leyes de los reinos de Indias*, Madrid 1973.

⁵ I.A. Leonard, *La época barroca en el México colonial*, México 2004, pp. 43-64.

⁶ J. Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, México 1999, pp. 43-48.

virreyes frente al grupo de cortesanos, en muchos casos recién llegados de la Península, que se llevaban todos los honores:

y luego van al virrey,
que importa mucho hablarle
para darle relación
de quienes fueron sus padres [...]
uno pide situaciones,
el otro pide heredades,
el otro repartimientos,
otro pretende casarse:
el uno pide Arequipa,
el otro pide a los Andes,
y aunque así como lo piden
el virrey se lo otorgase,
no les premian sus servicios
conforme a sus calidades [...]
Malditos seáis de Dios,
Embusteros charlatanes
¿Entendéis que acá no hay hombres,
Servicios ni calidades?
Mil años viva el marqués,
Y quien se lo aconsejare,
Si cuando pedís la lanza
Con ella os alanceare.
Y llévele el diablo, amén,
Cargado de memoriales,
Si luego que se los dais
Por ahí no los echare⁷.

Falta profundizar en el conocimiento sobre las relaciones informales de poder, los vínculos de los virreyes con la sociedad local, el clientelismo, o la formación y el enfrentamiento de facciones dentro de la corte, pero podemos deducir por los testimonios que han llegado hasta nuestros días que las lealtades que la virreina inspiraba bien podían ser independientes de las que suscitara su esposo, e incluso podían acarrearle algún disgusto, pues como mujer debía

⁷ B. Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de Nueva España*, México 1987, pp. 135-138.

quedarse en la esfera doméstica, aunque como heredera de una casa noble debía atender el homenaje de sus protegidos y aliados. En el futuro, la investigación del entramado social que dependía de la primera dama del reino (familiares, criados, deudos) podrá ayudarnos a comprender mejor quién tuvo, cuándo y cómo acceso a la virreina.

La esposa del virrey contaba, a imitación de lo que sucedía con las reinas castellanas, con un cortejo de doncellas que, aunque reducido (lo componían unas 10 o 15 mujeres), la acompañaba en todo momento. Las damas del séquito, al igual que los hombres, trataron de sacar partido a su posición y muchas aprovechaban la salida de una virreina para retirarse “del servicio, pero no de la gracia” de su señora, contrayendo matrimonio poco antes de su marcha, a tiempo para recibir alguna merced como regalo de bodas. De esta forma, muchas de las doncellas que llegaron con la virreina de la Península pasaban a formar parte de la aristocracia novohispana. Al acercarse el final del gobierno, la desertión del cortejo de la virreina se volvía tan frecuente que la condesa de Galve, en una carta escrita al marqués de Távara, pudo quejarse, a punto de volverse a España en 1696, de que no llevaría criadas:

pues hay gran prisa a casarse, se casó una mujer moza... y una de la cámara y están para casarse otras dos... y harto lo siento porque se quedan por acá ⁸.

Al igual que sucedía con las reinas en las cortes europeas, la virreina y sus damas constituían, sin lugar a dudas, el centro de la vida cortesana. Sin la presencia de estas mujeres principales no habría existido aliciente para algunas de sus más notables manifestaciones, como los bailes, representaciones teatrales y paseos. Sor Juana Inés de la Cruz, que conocía bien las costumbres de palacio porque formó parte del cortejo de la virreina antes de profesar como monja, recordaba en una de sus loas a las damas de la corte, calificándolas de “flores” y dedicándoles estos preciosos versos:

Y vosotras, bellas damas
Que en el jardín más ameno
Sois flores, a quien respeta
Humilde el rigor del cierzo,
Gozad eterno Verano,

⁸ Citado por I. Escamilla, “La corte de los virreyes”, en A. Rubial García, *Historia de la vida cotidiana en México*, México 2005, II, pp. 371-406

Participando el aliento
De la reina de las Flores ⁹.

Los festejos que se celebraban en la capital del virreinato se definieron así, en buena medida, a partir de los patrones femeninos. Fue en torno a la virreina y sus damas donde se empezó a difundir el gusto por la poesía lírica y por los valores del amor cortés. La presencia femenina en el palacio fue tan determinante que, durante los dos gobiernos en los que no hubo virreinas a finales del siglo XVII, los de los arzobispos virreyes fray Payo de Ribera y Juan Ortega y Montañés, no hubo prácticamente actividad cortesana ¹⁰.

La corte, como hemos señalado, desempeñó una importante labor pedagógica entre los grupos de poder. El comportamiento en sociedad necesitaba de una meticulosa educación desde la infancia que abarcaba aspectos tales como el baile, el saber tocar un instrumento musical, el hablar correctamente, el canto, etc. Todo este conjunto de conocimientos tan frívolos y poco prácticos como aristocráticos, imprescindibles para la vida en la alta sociedad, formaban parte de la identidad de grupo privilegiado que las criollas novohispanas reproducían con su comportamiento. Bernardo de Balbuena señala cómo los caballeros mexicanos también sabían aunar su nobleza en el vestido con la hidalguía en el trato:

de sutiles ingenios amorosos,
criados en hidalgo y dulce trato,
afable estilo y términos honrosos.

Y a continuación recuerda oportunamente los atributos de las señoras principales del reino, las cuales no eran sólo hermosas sino que poseían todas las virtudes que adornaban a una mujer de buena familia:

damas de la beldad misma retrato,
afables, cortesanas y discretas,
de grave honestidad, punto y recato ¹¹.

⁹ J.I. de la Cruz, *Obras completas*, México 1976, p. 442.

¹⁰ A. Rubial García, *La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII*, México 1998, p. 86.

¹¹ B. Balbuena, *La grandeza mexicana y compendio apologético en alabanza de la poesía*, México 1975, pp. 116-117

La pertenencia a la corte no era un asunto sencillo, todas las damas que pretendiesen acudir a sus fiestas o ceremonias debían conocer la etiqueta palaciega, que abarcaba tanto la forma de vestirse o comportarse como lo que la *Recopilación de leyes de Indias* de 1680 agrupó bajo el título de “precedencias, ceremonias y cortesías”¹². Una buena cortesana, además de vestir y adornarse conforme a su dignidad personal y familiar, debía respetar el riguroso protocolo y su código de comportamiento, si no quería caer en el ridículo o ser rechazada, como ocurrió con los inexpertos cortesanos de la obra de fray Antonio de Guevara que fueron objeto “para algunos días de qué burlar y para algunas noches de qué mofar”¹³. Sor Juana Inés de la Cruz nuevamente, recogió orgullosa en sus versos la existencia de estos preceptos de obligado cumplimiento:

y que de la Damería
se ajaban las preeminencias
(que en Méjico también hay
su poquito de etiqueta)¹⁴.

Cualquier acto en la corte se envolvía de un complejo e inmutable ceremonial que debía ejecutarse con meticulosa exactitud. El lugar que ocupaban y la forma en la que los principales personajes se relacionaban entre sí, respondían a un orden establecido de antemano y que tenía que ver con la calidad o el cargo de cada uno. Las mujeres que pertenecían a las familias de los ministros del rey o de la oligarquía criolla, compartían los honores y preeminencias de sus padres o maridos, y no estaban dispuestas a ceder el reconocimiento que les correspondía por nacimiento o matrimonio. De esta forma, se sucedieron en la historia social y legal de la América Hispana en su conjunto, un sin fin de conflictos de etiqueta protagonizados por estas damas que, orgullosas de su condición, luchaban por aparecer públicamente de la manera más prestigiosa posible. Con la intención de evitar estas rivalidades, la Corona se vio obligada a dictar disposiciones para acotar o definir hasta qué punto podían las mujeres gozar de los mismos honores que sus maridos. Así, se reguló desde el tratamiento que les correspondía:

Y declaramos que el tratamiento, que se ha de hacer a las mujeres de los Grandes, y de Caballeros de Título, y otras personas, á quien, como

¹² Título XV, Libro III de la *Recopilación de Leyes* de 1680.

¹³ A. Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, Madrid 1942.

¹⁴ J.I. de la Cruz, *Obras completas...*, p. 97.

está dicho, se debe, y puede llamar Señoría, y entre ellas mismas, por escrito, y de palabra, sea el mismo que se ha de hacer a sus maridos ¹⁵,

hasta el lugar que debían ocupar en las ceremonias importantes, ya que las principales damas del reino lo hacían junto a la virreina en un espacio preferente, mientras que el resto se confundía entre el público del pueblo llano.

En las Indias, el virrey del Perú marqués de Guadalcázar nos ha legado un documento muy clarificador sobre la importancia de la etiqueta. En 1629, en respuesta a la preocupación del rey y al malestar entre los criollos limeños, el virrey mandó elaborar una pormenorizada relación de los estilos y tratamientos que se debían usar en la corte virreinal para que fuese observada por su sucesor en el cargo. Este documento, *Relación de los estilos y tratamientos que los virreyes del Perú usan con los tribunales, ministros, prelados, cabildos eclesiásticos y seculares y otras personas, la cual remitió al excelentísimo Señor Marqués de Guadalcázar al Excelentísimo Señor Conde de Chinchón su sucesor*, puede darnos una idea de los problemas y las soluciones que se dieron en la corte mexicana en torno a las preeminencias ¹⁶.

La virreina no disfrutaba del atributo de ser transmisora de la sangre real ni contaba con la posibilidad de ejercer el poder directo por el fallecimiento de su esposo, su poder venía dado sólo por el hecho de ser cónyuge del virrey. Sin embargo, ostentaba dentro de la corte y de la política del reino, un importante papel sociopolítico, ya que su imagen también se asimiló a la representación de la persona real. Pablo de la Laguna, presidente del Consejo de Indias, en las instrucciones que en 1603 dio al Marqués de Montesclaros para su gobierno, confirmaba el protagonismo de la primera dama del reino, haciendo referencia explícita a cuales debían ser las funciones de ésta en la vida pública. En primer lugar se establecía que, junto a su esposo, debía dar buen ejemplo como mujer prudente y casta, y acompañarle en sus salidas para que nadie dudase de la categoría moral del virrey:

¹⁵ “Capítulos de Reformación” (1623) en J. Arias, *México a través de los siglos*, Barcelona 1887, p. 728.

¹⁶ “Relación de los estilos y tratamientos que los virreyes del Perú usan con los tribunales, ministros, prelados, cabildos eclesiásticos y seculares y otras personas, la cual remitió al excelentísimo Señor Marqués de Guadalcázar al Excelentísimo Señor Conde de Chinchón su sucesor”, en E. Torres Arancivia, *Corte de virreyes. El entorno del poder en el Perú en el siglo XVII*, Lima 2006, Apéndice 2.

Todas la veces que fuere a holgarse a Chapultepec, que es una recreación de los virreyes media legua de la ciudad ha de ir mi señora la marquesa, porque así conviene como se dirá de palabra. Por ninguna vía ni camino se le ha de entender ningún genero de materia de mujeres porque es el mayor fundamento en aquella tierra para que no se le pierda el respeto en presencia ni en ausencia¹⁷.

No existía una diferenciación clara entre la vida privada y la vida pública de los virreyes, uniendo la condición moral de éstos a la buena marcha del reino y al respeto de sus súbditos. Por supuesto, si la conducta moral del virrey era importante, mucho más lo era la de la virreina por ser mujer. Al igual que sucedía con las reinas, debía mantener una imagen impoluta, y preservar la honra y el respeto hacia el representante del monarca, mostrándose como modelo de todas las cualidades a imitar por el resto de mujeres de la sociedad: “No ha de visitar a nadie, y con todo género de hombres ha de ser sumamente grave”. En este mismo sentido, Víctor Mínguez, a través del análisis de las imágenes y los textos que configuraron la iconografía oficial de las reinas y, por lo tanto, de su correspondiente reflejo en las Indias, ha señalado cómo durante el siglo XVI y parte del XVII se insistió en la imagen de santidad para, posteriormente, destacar las virtudes asociadas a su condición de mujeres¹⁸.

En segundo lugar, y si cabe mucho más relevante, se precisaba a la virreina su papel dentro de la corte:

la virreina ha de ser afable con las mujeres principales de la ciudad, hermanándolas y tratándolas con todo el buen término que pudiere, mostrándoles mucha amistad a cada una conforme a su calidad, de tal manera que todas salgan contentas y diciendo bien¹⁹.

Además, se le recordaba cómo, para la tranquilidad del reino, debía buscar, en el menor tiempo posible después de su llegada, completar la comitiva que había traído desde España con jóvenes criollas de buena familia. La virreina debía hacerse cargo de todos los asuntos relativos a las damas de la tierra. Este encargo

¹⁷ E. Torre Villar, *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos*, México 1991, p. 297.

¹⁸ V. Mínguez, *Los Reyes distantes: imágenes del poder en el México virreinal*, Castellón de la Plana 1995.

¹⁹ E. Torre Villar, *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos...*, pp. 298-299.

rebasaba el mero divertimento y se convertía en una importante tarea política, ya que se esperaba que a través de sus buenas relaciones con las damas criollas contribuyese a generar un buen clima con la oligarquía local, diluyendo las diferencias y rencores entre criollos y peninsulares. Por lo tanto, a la virreina se le atribuía la importante misión de integrar a las élites locales en la política de la monarquía a través de sus mujeres, mientras que a éstas se les reconocía una participación muy notable en las estrategias informales que se establecían en las altas esferas.

Según el sistema patriarcal imperante en la época, las mujeres no podían ocupar cargos con poder político aunque sí que tenían la capacidad de influir sobre las personas que les rodeaban. No obstante, las mujeres “nobles” debían ejercer esta influencia con prudencia ya que podían ser acusadas de “carácter muy dominante y altivo”, si excedían el recato y prudencia debidos. Algunas virreinas con fuerte personalidad y amantes del lujo y las fiestas fueron tachadas por sus contemporáneos como “ligeras de costumbres”²⁰. En 1646 el obispo Palafox se quejaba con amarga exageración de que la virreina condesa de Salvatierra y sus damas tuvieran más peso que el rey en el gobierno de Nueva España. Las damas principales debían recurrir a la “persuasión”, el arte de disimular el poder sin restarle eficacia, mandar sin crear conflicto y aunar voluntades en torno a una decisión²¹.

La vida cortesana y, dentro de ella, el mundo femenino, se constituyeron como un centro paralelo de poder indirecto en la vida pública del virreinato novohispano. Los criollos eran conscientes de la capacidad de algunas mujeres influyentes de intervenir en las medidas que tomaban sus maridos, por lo que algunos no dudaron, como en el caso de don Francisco de Medina y Picazo, en tratar de condicionar las decisiones virreinales agasajando al matrimonio con una comedia en su honor y regalando “a las damas cien pesos a cada una”²²; o como Francisco de Córdoba, importante mercader además de contador mayor del tribunal de cuentas, que, por ganar el favor de la virreina para beneficio propio, llegó a perturbar la armonía entre ésta y su esposo. Con motivo de la celebración del Corpus Christi, la virreina había sido invitada a ver la procesión

²⁰ A. Valle Arizpe, *Virreyes y virreinas de la Nueva España*, México 1947, p. 44.

²¹ A. Fernández de Córdoba, *La corte de Isabel I, ritos y ceremonias de una reina...*

²² A. Robles, *Diario de sucesos notables*, México 1946, II, p. 270.

desde la casa de Francisco de Córdoba, este hecho comprometió el honor del virrey que días después decidió resolver el asunto golpeando violentamente al contador de cuentas ²³.

Por otra parte, las virreinas siempre estuvieron muy atentas a todo lo que tuviera que ver con los asuntos de la Iglesia y no dudaron en intervenir cuando lo consideraron necesario, aunque fuera en contra de los intereses de sus maridos. En este sentido, hay que destacar la estrecha relación que a lo largo de los siglos XVI y XVII hubo siempre entre los conventos de monjas y las virreinas, en muchos casos importantes mecenas de los mismos, tanto que en determinadas situaciones llegaron incluso a condicionar la elección de una priora.

Las virreinas, acompañadas de otras damas o de sus hijas, solían visitar con asiduidad los monasterios de monjas. Se trataba de un vínculo que a ambas partes convenía: por un lado, la virreina reforzaba su imagen ejemplar de mujer piadosa; y por el otro, las abadesas trataban de conseguir beneficios gracias a la influencia que las virreinas pudieran ejercer sobre sus esposos. Una buena muestra de lo que estamos afirmando, la encontramos cuando Sigüenza y Góngora nos relata cómo la marquesa doña María Ana Riederer de Para, esposa del virrey marqués de Guadalcázar, persuadió a su esposo para que socorriese con el dinero del rey un convento que se hallaba “desvalido” ²⁴. Esta virreina había conocido en Castilla algunos monasterios reformados por lo que se le daba licencia para entrar en la clausura y se escuchaba sus recomendaciones ²⁵. Aunque seguramente el cronista exageró la relación, sí que podemos concluir que hubo un contacto estrecho entre ambas partes. A parte de las motivaciones religiosas que movieron a las virreinas a acercarse a los claustros, también debió de existir sin duda un deseo de éstas de estrechar lazos con las mujeres de la élite criolla, grupo del que las monjas nunca dejaron de formar parte.

El derecho canónico prohibía la ruptura de la clausura. Sin embargo, Pío V había concedido a los monarcas en 1525 el beneficio del ingreso *dumtaxat*, por el cual tanto el rey como la reina no incurrían en censura alguna al ingresar a cualquier convento. Se deducía, por tanto, que si los virreyes eran el *alter ego*

²³ G.M. Guijo, *Diario 1648-1664*, México 1952, II, p. 20.

²⁴ C. Sigüenza y Góngora, *Parayso occidental*, México 1995, p. 83.

²⁵ Información extraída de la obra de fray Juan Bautista Méndez, *Historia de la fundación de las carmelitas descalzas de San José de México*, citado por M. Ramos Medina, *Imagen de santidad en un mundo profano*, México 1990, p. 88.

del rey en las Indias, el permiso para entrar a los monasterios de los territorios que administraban podría extenderse a sus personas. Los prelados se quejaron reiteradamente de la intromisión de los virreyes en la clausura porque hacían sus visitas acompañados de grandes comitivas “de sus damas y otras muchas principales de esta ciudad”, turbándose la quietud de los conventos y dificultando el cumplimiento de las obligaciones litúrgicas²⁶.

Tanta era la costumbre que se tenía de hacer estas visitas a las monjas en el interior de sus templos que Felipe IV se vio obligado a prohibir a sus ministros y a sus mujeres este hábito, y a obligarles a que, si querían hablar por los locutorios y puertas reglares, no lo hicieran a horas extraordinarias²⁷. Más difícil fue obligar a las virreinas a acatar estas leyes. Así, por ejemplo, el Marqués de Cerralvo nos recuerda, en la memoria que legó de su mandato, la costumbre y libertad que tenía la virreina de frecuentar los conventos:

Hallé asentado en este reino que las virreinas como participantes de lo que pertenece a sus mandos por la representación que hacen de la persona de S. M. habían entrado siempre en los conventos de monjas, no juzgándolas comprendidas en la prohibición de personas particulares por grandes que fuesen²⁸.

A tenor de las numerosas referencias que encontramos en las fuentes de visitas a los conventos de monjas por parte de las virreinas y las damas principales, podemos deducir que la costumbre y vinculación siguió en Nueva España a lo largo de los años, llegando hasta el siglo XVIII. Robles rememora, por ejemplo, cómo en 1703 la virreina, con su hija y la esposa del presidente de la Audiencia, acudieron a la fiesta de Jesús María, “registraron todo el convento”, y allí fueron agasajadas hasta las siete de la noche “con coloquios y danzas”²⁹.

Frente al interés religioso o social que impulsaba a las virreinas a acudir a los conventos femeninos, las visitas que realizaron algunas de ellas a los conventos

²⁶ Archivo General de Indias (Sevilla): México, 804.

²⁷ Ley LXXXXI, Título XVI, Libro II, en R. Menéndez Pidal, *Recopilación de leyes de los reinos de Indias*.

²⁸ “Relación del estado en que dejó el gobierno el Marqués de Cerralvo (1636)”, en E. Torre Villar, *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos...*, p. 382.

²⁹ A. Robles, *Diario de sucesos notables...*, III, p. 252. También encontramos referencias a visitas de la virreina a los conventos en G. M. Guijo, *Diario 1648-1664...*, I, pp. 226 y 227.

masculinos tuvieron una naturaleza muy diferente, constituyendo una de las mayores manifestaciones de los excesos y libertades que, en algunas ocasiones, llegaron a protagonizar las virreinas y sus cortejos respecto al modelo establecido. A pesar de la complicidad de todos aquellos que se beneficiaban con estas visitas, no todos los religiosos estuvieron de acuerdo con que se realizaran estas irregularidades y en determinados casos llegaron a condenarlas por escandalosas. Desde el convento de Tlatelolco, el padre Alonso de San Juan, se lamentaba en una carta escrita en 1587 de que la virreina doña Blanca de Velasco, esposa del marqués de villa Manrique, y numerosas damas criollas y peninsulares de su cortejo, frecuentaran los conventos de frailes. Antonio de Ciudad Real en su *Tratado sobre las grandezas de Nueva España* recoge esta misma situación y denuncia cómo, con esta escandalosa falta, el provincial Fray Pedro de San Sebastián pretendía ganarse el favor de los virreyes en su disputa con el comisario general:

admiten a las mujeres dentro de nuestros conventos, a trueque de tenerlos propicios y favorables para salir con su pretensión contra el padre comisario ³⁰.

En este caso, nuevamente comprobamos cómo era manifiesta la influencia que podría ejercer doña Blanca de Velasco en asuntos que trascendían a la religión.

Por otro lado, los sucesos personales de la existencia de la virreina también eran considerados como un elemento crucial de la vida política y social del reino. La mezcla de lo público y lo privado se hacían presentes en la figura de la primera dama del reino, por lo que cualquier acontecimiento extraordinario que le sucediese tenía repercusión en la corte virreinal y se convertía en una ocasión propicia para animar la vida en sociedad. La idea de que la virreina formaba parte de la representación real en las Indias, junto a la necesidad de la Corona de hacerse presente de manera simbólica a los ojos de sus súbditos de ultramar, sumados a los deseos de la aristocracia criolla por demostrar su lealtad y presentarse como miembros de un reino con prestigio e identidad propias, conducía a que se celebrasen los acontecimientos de la vida de la virreina como si de la propia reina se tratase. El nacimiento con éxito de un vástago de los virreyes era anunciado a la ciudad públicamente tocando las campanas “en algunas iglesias, y en la Catedral tres veces” y se convertía en un acto de primer orden social, al

³⁰ A. Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, México 1976, p. 202.

que concurrían los principales cargos y personalidades del reino. La asistencia a la confirmación de una hija de los virreyes era, por su parte, la ocasión para que los caballeros y damas criollas participaran en una recepción en Palacio con la que demostrar su categoría³¹.

Finalmente, las honras que recibía una virreina a su muerte eran las propias de un personaje importante, se celebraba una misa en su honor en la catedral a la que acudían los miembros de la Audiencia, cabildos, notables, etc. como demostración pública de la consternación ciudadana por el fallecimiento. Esto se cumplía incluso en los casos en los que su marido ya había dejado el cargo de virrey, como sucedió con la marquesa de Mancera, fallecida cuando emprendía el viaje de vuelta a Castilla³². Este reconocimiento social de la virreina se extendía a sus hijas y nietas que, aun siendo mujeres, recibían, como familiares del más alto representante del rey en Nueva España, los honores que correspondían a la dignidad de su parentesco. Careri describe cómo las exequias hechas a Doña Fausta Dominga Sarmiento, hija del virrey y nieta en quinto grado del emperador Moctezuma, se convirtieron en todo un evento social, levantándose por el camino de la procesión tres doseles sobre tablados con gradas y un túmulo en la iglesia donde se realizaron las misas por su alma³³.

Pero, sin lugar a dudas, la efeméride más importante que giraba en torno a la vida de la virreina era su cumpleaños, un acontecimiento privado que devino en público por voluntad de su anfitriona. Los criollos y criollas de la alta sociedad disfrutaban de estos días como una ocasión inmejorable para visitar el Palacio y reunirse con el resto de personajes importantes del reino. Los aniversarios del nacimiento de la primera dama eran celebrados con comedias, bailes, banquetes, fuegos pero, sobre todo, con la ceremonia del besamanos. Las damas acudían vestidas para la ocasión y entre los caballeros se sorteaban los que serían devotos de la virreina. Guijo describe la forma en que se desarrolló uno de estos días:

A 25 de mayo cumplió años la condesa de Baños, que gobierna este reino, y le hicieron grandes fiestas en palacio, y las personas de caudal la recogieron con libreas y carrozas nuevas y cadenas de oro al cuello, para

³¹ Antonio de Robles describe pormenorizadamente estos acontecimientos en su diario. A. Robles, *Diario de sucesos notables...*, II, p. 49, y III, p. 276.

³² *Ibidem*, I, p. 147.

³³ G.F. Gemelli Careri, *Viaje a la Nueva España*, México 1976, pp. 120-121.

darle los días (como se ha hecho desde que gobiernan en cada año); convidose a todas las damas y señoras del reino que fueron a palacio costosamente aderezadas, y asistieron a la comedia que se les representó por los criados y criadas de los virreyes, y antes se echó suertes entre las personas de caudal para devotos de la virreina, y que le habrían de celebrar este día ³⁴.

Por otro lado, las virreinas tuvieron, junto a sus maridos, un papel político y representativo fundamental en las celebraciones organizadas para conmemorar los diferentes acontecimientos vinculados con la vida de la familia real, como nacimientos, bodas o funerales. Estas ceremonias servían a la Corona para hacerse presente en sus territorios de ultramar y recordar a sus vasallos que pertenecían a una monarquía poderosa, que representaba el rey y a la que debían acatar y reverenciar. En este sentido, fueron especialmente celebradas en América las exequias y las juras de nuevos monarcas ya que simbolizaban la continuidad dinástica.

La costumbre de acudir al Palacio a dar el pésame a los virreyes era un acto muy exclusivo al alcance sólo de las familias más importantes del reino. Aunque Ribera Flórez sólo hace alusión a cómo en 1600 fueron los varones, “gentiles hombres y más criados del virrey”, junto a los ministros y oficiales del Santo Oficio los que asistieron a dar el pésame al virrey ³⁵. Posteriormente tenemos noticia de como se instituyó, a mediados del siglo XVII, que las primeras autoridades, acompañadas de sus esposas, recibieran el pésame de todas las instituciones civiles, militares, religiosas y gremiales de la ciudad.

Gracias a la *Relación de los estilos y los tratamientos* sabemos que la virreina tenía una sala de audiencia en Palacio donde recibía a las esposas de los oidores y a las señoras principales del reino ³⁶. Isidro Sariñana confirma esta información pero pone de manifiesto como la virreina novohispana recibía antes a los

³⁴ G.M. Guijo, *Diario 1648-1664...*, II, pp. 169-170.

³⁵ D. Ribera Flores, *Relación historiada de las exequias de la magestad del rey D. Philippo II*, México 1600, p. 2.

³⁶ “Relación de los estilos y tratamientos que los virreyes del Perú usan con los tribunales, ministros, prelados, cabildos eclesiásticos y seculares y otras personas, la cual remitió al excelentísimo Señor Marqués de Guadalcazar al Excelentísimo Señor Conde de Chinchón su sucesor”, en E. Torres Arancivia, *Corte de virreyes. El entorno del poder en el Perú en el siglo XVII...*, Apéndice 2.

varones. Así, recuerda cómo el día destinado a dar las condolencias públicas a los virreyes por la muerte del rey Felipe IV, las procesiones de la Real Audiencia, Tribunales, Cabildo, Religiones y caballeros principales se iban sucediendo en el Palacio. En primer lugar se dirigían a dar el pésame al virrey y, una vez lo habían hecho, pasaban “al cuarto de la excelentísima virreina” a hacer lo propio, homenajeándola como si de la propia reina viuda se tratara ³⁷. Sin embargo, aunque ésta recibía el pésame “en la conformidad que al dicho virrey su marido”, los archivos del Santo Oficio que describen el hecho dejan claro que éste se daba “con distinto estilo” ³⁸. Lo que demuestra que, aunque a ambas figuras se les reconocía una dignidad política en virtud de que el virrey era quien detentaba el poder y la virreina su consorte, la del primero siempre fue superior a la de la segunda.

Después de los varones principales del reino era el turno, por la tarde, para:

las mujeres de los oidores, ministros, títulos, y caballeros, casi a un tiempo, por haberse convocado para esta hora, a dar el pésame a la excelentísima señora virreina ³⁹.

El hecho de que las mujeres también concurriesen, aunque separadas de los varones, a presentar sus respetos a la primera dama del reino, es un ejemplo claro de la participación de las mujeres principales en el ámbito público, un aspecto que ha sido tradicionalmente olvidado por la historiografía. El poeta Diego de Ribera recoge en unos hermosos versos cómo las criollas de familias importantes eran recibidas por la virreina, poniendo especial interés en describir la representación pública del dolor:

Prevenidas las Damas
De fúnebres empeños,
Motivando ternuras
Al pésame salieron (...)
A Palacio llegaron,
Y en enlutados cielos

³⁷ I. Sariñana, *Llanto de Occidente en el Ocaso del más claro Sol de las Españas: fúnebres demostraciones que hizo en la Iglesia metropolitana de Méjico a la muerte del Rey D. Felipe IV. el Exmo. Sr. D. Antonio Sebastián de Toledo, Marques de Manzanera, Virrey de la Nueva España*, México 1666, pp. 24 y 26.

³⁸ Archivo General de la Nación (México): Inquisición, vol. 1508, Expediente 5, fol. 73.

³⁹ I. Sariñana, *Llanto de Occidente en el Ocaso del más claro Sol de las Españas...*, p. 28.

No vi mejores noches
Ni más vivos luceros (...)
En una oscura sala
Que la vistió el silencio,
Un lamentable estrado,
De la noche remedo,
Estaba prevenido
Del fervoroso afecto
De la Marquesa Palas,
De la Alemana Venus,
De Mancera consorte,
A quien las diosas dieron
Todas las gracias juntas
Para mejor compendio.
Su Excelencia, vestida
del dolor de su pecho,
Sobre bayeta quiso
Llover aljófara neto. (...)
Llegaron, pues, las Damas,
Y el pésame le dieron,
Más que con las palabras,
Con los sollozos tiernos;
Y respondiendo a todas,
Le escucharon a un tiempo
Razones para el llanto,
Para el dolor consuelos ⁴⁰.

Como vemos, en estos actos públicos, de claro contenido político y social, las damas criollas también representaban un papel significativo en la escenografía del poder. Sin embargo, el hecho de que los caballeros del reino le dieran el pésame tanto al virrey como a la virreina mientras que las mujeres sólo pudieran dirigirse a la segunda, pone de manifiesto que, a pesar de que se les destinaba un espacio en los actos protocolarios, no se les reconocía una relevancia política igual a la de sus maridos ni lo suficientemente importante como para poder acceder al principal representante del rey.

Como señala oportunamente Diego de Ribera, durante estas ceremonias los aspectos formales eran fundamentales y la virreina debía dar ejemplo: “Su

⁴⁰ A. Méndez Plancarte, *Poetas novohispanos*, México 1944, pp. 143-147.

Excelencia, vestida / del dolor de su pecho”. La obligación de llevar lutos se imponía por Real Cédula y tenía un profundo significado político y social. Nuevamente Isidro Sariñana nos recuerda cómo, con motivo de las exequias que se hicieron en honor de Felipe IV en la ciudad de México, la virreina, viendo el elevado gasto en lutos de las mujeres criollas y considerando que, conforme a la dignidad de su persona y a la representación de su cargo, ella debía hacer una muestra de dolor más grande que las demás, consideró que era su obligación superar al resto de damas, mejorando su lujo en el traje, aún a riesgo de su salud:

*Manifestó su dolor en lo tierno de las lágrimas, y en lo excesivo de los lutos, pues pareciéndole, que con los comunes, y usuales, que visten en semejantes ocasiones las demás señoras, no satisfacía a las particulares obligaciones de criada de su majestad, aunque los peligros de su salud en el rigor de los calores, que agrava la Región, le dispensaban parte de estas demostraciones exteriores, no las admitió la verdad de su dolor; y así sobre el monjil de bayeta, y toca de tafetán negro larga hasta el suelo vistió manto también de bayeta, cubriéndose con él el rostro, y dejando suelta la falda*⁴¹.

La rivalidad entre las mujeres principales del reino por lucir de la manera más ostentosa había aumentado hasta tal punto sus exigencias que se llegó a comprometer la posición y el prestigio de la primera dama del reino. A pesar de ello, las virreinas siempre fueron el espejo en el que se miraron las damas novohispanas y fue a través de los gustos de cada nueva virreina como se fueron introduciendo las modas que venían de Europa.

A pesar de que una parte importante de la vida cortesana se realizaba en el Palacio, este no fue el único lugar en el que encontramos a las virreinas representando su papel social y político. Los cronistas no solían considerar relevante la presencia de las mujeres en el ámbito público y dejaban oculta su presencia tras masculinos genéricos como “el pueblo” o “la ciudad”, sin embargo, el caso de la virreina y su cortejo supuso una excepción ya que, gracias al valor y la dignidad que se les concedía, los escritores sí se preocuparon de registrar su asistencia a las ceremonias. Por lo tanto, las virreinas a menudo aparecen en las fuentes acompañando a sus esposos en numerosos actos. Cuando se trataba de ocasiones oficiales, los cónyuges casi nunca se encontraban uno al lado del otro, sino que la primera dama, como modelo de recato y modestia para las mujeres

⁴¹ I. Sariñana, *Llanto de Occidente en el Ocaso del más claro Sol de las Españas...*, p. 25.

del reino, debía permanecer apartada de las miradas del público. Así, siguiendo la separación pública de los sexos típica de la época, fue costumbre que la virreina asistiese a las ceremonias que se llevaban a cabo en la catedral en una “jaula” o palco cerrado con celosías y cubierto por velos. Guijo nos ha dejado testimonio en su *Diario*:

cerca de él (el virrey) se hizo una jaula para la virreina, tan costosa y prevenida que nunca otra se ha visto en este reino, con su llave, en que estaba ella y su hija tan solamente ⁴².

Además de hallarse en todas las ceremonias de tipo religioso que se realizaban en la Catedral, podemos certificar su presencia en las gradas que se construían para seguir los Autos de Fe o las corridas de toros, en lecturas de tesis doctorales en la universidad, en procesiones religiosas o en las “entradas” de los virreyes en la capital del reino.

Para concluir, podemos afirmar que esta doble faceta, lúdica y oficial, de la virreina, hacen de ella un elemento imprescindible para entender la vida social y en ocasiones política del reino. Centro de la actividad cortesana, representante simbólica de la dignidad y el poder reales, y elemento integrador de las familias criollas en la corte, su papel multifacético rompe la idea tradicional y simplista de que se trataba de una consorte sin importancia, cuya única misión era la de adorno cortesano y fiel esposa, proporcionándole una nueva dimensión no sólo a la virreina sino a todas las mujeres principales que constituían diariamente la vida cortesana.

⁴² G.M. Guijo, *Diario, 1648-1664...*, II, p. 50.